

Elia Citterio, *L'intelligenza spirituale delle Scritture*, Edizioni di Bologna, Bologna 2008, 357 pp.

El autor se sirve de una paradoja como punto de partida de su reflexión sobre la lectura espiritual de la Biblia: "Los conocimientos de la Biblia han aumentado, pero la distancia entre la Biblia y el creyente se ha mantenido e incluso agudizada" (p. 12).

La obra no es fruto de una reflexión teórica sobre cuál es el modo más idóneo de "leer" la Biblia, sino que "corresponde en cierta medida al camino que he recorrido a lo largo de treinta años... Tener la mente y el corazón ocupados con la Sagrada Escritura, de modo que la Palabra de Dios llegue a ser la trama misma de nuestros pensamientos" (p. 13-14).

El recorrido espiritual del autor se desenvuelve en siete etapas que Citterio titula: 1) Preparativos para el viaje; 2) Palabra y Eucaristía. La Palabra alimento; 3) Inteligencia de las Escrituras. Los pasos de un descubrimiento; 4) La inteligencia espiritual de las Escrituras; 5) La tensión hacia la inteligencia de las Escrituras; y 7) Palabra y misión. El testimonio como misión.

En la primera etapa (21-41), Citterio considera tres palabras claves: potencia, esplendor y contemplación de la Escritura; dos guías inspiradores: Juan que reclina la cabeza sobre el pecho de Jesús y Tomás, que no está decidido a creer hasta que no meta el dedo en el costado abierto de Jesús; la necesidad de la oración y sus disposiciones: de lucha "contra todo tipo de pensamiento que trata de poseer nuestro corazón enajenándolo" (39); búsqueda paciente de la profundidad en la comprensión de la Escritura, porque la oración requiere esfuerzo; sinceridad con Dios para llegar a la intimidad con Él (39-40).

La liturgia como lugar privilegiado para la lectura de las Escrituras es el tema de la segunda etapa. El autor afirma que "leer el texto sagrado y celebrar son dos momentos inseparable, como inseparables fueron, en la experiencia de Israel, el ha-

cer memoria en la celebración y el poner por escrito el evento de salvación vivido y recordado" (45), y algo más adelante: "Es la resurrección de Jesús lo que abre la inteligencia de las Escrituras" (49); en efecto, el Resucitado remite siempre a las Escrituras (Lc 24,44). Interesantes resultan algunas sugerencias prácticas: La Escritura no se lee en soledad, aunque se lea solo; la lectura de la Escritura no es estar delante sino dentro de ella; más que leer somos leídos por la Escritura (70-79).

Pasamos a la tercera etapa (87-124) que está dedicada a la inteligencia de las Escrituras que, en base a Dt 6, 4-5, citado en Mt 22,37, abraza tres pasos: el primer la escucha de la Palabra (Escucha, Israel...), el segundo, el sentido comunitario de la fe (el Señor es *nuestro* Dios...) y tercero, el amor preveniente de Dios que nos incita a amar (Amarás...). Para lograr todo esto se pide la conversión de nuestra inteligencia a la Palabra de Dios, es decir, abrirse al misterio más que querer comprender el misterio, descubrir cada vez más el valor de la Escritura, escucharla con gozo, leerlas con reverencia amorosa. Asumamos este principio práctico: "sin preguntas la Escritura no habla" (113).

A la inteligencia de la Escritura hay que añadir la inteligencia *espiritual* de las mismas (cuarta etapa, 127-165), como sucedía en la época patristica y escolástica y como en nuestro tiempo se siente la urgencia, buscándola a través de la *lectio divina*. Mucho ayudará a ello asimilar teórica y prácticamente que Jesucristo es la Torah viviente y la clave de las Escrituras. Nos prestará igualmente un gran servicio la lectura de los Padres de la Iglesia.

No es suficiente la inteligencia espiritual de la Escritura, hay que dar un paso hacia adelante y captar "la dinámica que la Palabra pone en movimiento, envolviendo toda nuestra vida" (169). Este movimiento se puede percibir en la relación entre la Escritura y los iconos, en los que la mirada constituye algo esencial, y en el mismo dinamismo que desencadena la inteligencia (*intus- legere*) espiritual (que causa el Espíritu en el alma) de la Escritura.

ra. Para ello se sugiere una lectura intensiva del texto, es decir, “concentrada en la mayoría de los casos en un solo texto, por un período largo de tiempo, y meditada” (189), así como ejercitarse en descubrir la red de conexiones y correspondencias internas al texto.

De la inteligencia de la Escritura y de la globalidad del misterio que en ella se revela, surge una tensión, que nunca termina, hacia una mayor inteligencia. Tal tensión se puede afrontar desde dos perspectivas diversas: la existen en el interior de la Biblia y la del lector, pues “el libro crece con quien lo lee” (San Gregorio Magno). Esta tensión no elimina el riesgo de la desilusión ante la Palabra, pero también el gozo de la bendición que de la Palabra emana. De esto trata la sexta etapa (199-221).

La última etapa, Testimonio y misión (235-260), acentúa el hecho de que la Palabra es necesario practicarla, y así “avanzar en la realización de la humanidad que hace resplandecer la proximidad de Dios” (253). Para que la misión se mantenga ligada a la Palabra se requieren tres aspectos

que caracterizan su naturaleza: el anuncio, la intercesión y el testimonio.

En la última parte del libro, a modo de apéndice, se incluyen algunas homilías del autor en que se ponen en práctica, en cierta manera, las etapas que han sido descritas anteriormente (266-345). Citterio presenta una guía para la lectura de las parábolas (de ellas tratan las homilías), que consta de una actitud de fondo (las preguntas que nos hace el texto y la que hacemos al texto), y seis pasos: partir de la liturgia, prestar atención al texto en sí, hacer preguntas al texto, detalles significativos, dinámicas de fe y dinámicas espirituales, y la aplicación a nosotros.

Un libro de gran provecho para quienes desean profundizar en la lectura espiritual de las Escrituras, no tanto en plan de docencia cuanto de vivencia. El autor, que recurre con mucha frecuencia a los Padres de la Iglesia, particularmente a los Orientales, nos enseña la continuidad entre la inteligencia espiritual de la Escritura realizada por ellos y el modo de entenderla espiritualmente en nuestro tiempo.

Antonio Izquierdo García, L.C.